

Escribir bien, la mejor revancha.

Susan Sontag*

Elaine Showalter

Una de las mujeres que debió a Simone de Beauvoir su conciencia feminista fue Susan Sontag (1933). Durante toda su vida, Sontag ha sostenido que Beauvoir “escribió el mejor libro feminista de toda la literatura feminista”.¹ En 1951, a los dieciocho años, casada y embarazada, leyó por primera vez *El segundo sexo*. “Fue en ese momento cuando de verdad me volví militante —contaría después—. Creo que yo misma he tenido esas mismas ideas conscientemente durante veinte años, e inconscientemente toda mi vida. E intenté al máximo llevarlas a la práctica en mi propia existencia”.² Antes de leer a Beauvoir había pensado que sus decisiones personales respondían a puros principios individuales. “Cuando me casé a los diecisiete años y quise mantener mi apellido de soltera, ni siquiera sabía que era feminista; ese punto de vista no estaba de moda en aquel entonces”.³

En 1972 contestó, como también lo hizo Beauvoir, un cuestionario sobre mujeres que había elaborado la revista literaria española *Libre*. Sus respuestas, publicadas en el *Partisan Review* en 1973 bajo el título de “El Tercer Mundo de la Mujer”, son su manifestación más personal y explícita como intelectual feminista, es decir, como una excepción: “Cada generación produce unas pocas mujeres geniales (o, al menos, de una irreprimible excentricidad) que alcanzan una posición especial por sí mismas. Pero se entiende que la visibilidad histórica [...] de semejante grupo de mujeres se deriva precisamente de que posee unas cualidades que en general no tienen las mujeres. Se caracterizan por su energía, inteligencia, voluntad y valor ‘masculinos’”.⁴

* Tomado de Elaine Showalter, *Mujeres rebeldes / una reivindicación de la herencia intelectual feminista*, Espasa-Forum, Madrid, 2002. Traducción de Inés Belaustegui.

¹ Servan-Schreiber 1995: 155.

² Schultz 1995: 31.

³ Sontag 1973: 205.

⁴ *Ibid.*: 181.

Ella misma entró a formar parte de esa banda de mujeres geniales. Sin embargo, para ella el feminismo como ideología ha ocupado un segundo puesto, por detrás de su fe en la autonomía individual. Sontag ha escrito que nunca sintió “consciente o inconscientemente que hubiera algún conflicto entre mi vocación y mi naturaleza de mujer. Escribir es quizá el único arte en el que hay muchas mujeres de primera categoría. Así pues, es la única actividad en la que una puede no tener ni el más mínimo problema, incluso en épocas del pasado en que había más ignorancia. [...] Nunca pensé: ‘Si hay mujeres escritoras, entonces yo también lo puedo hacer’. No. Yo pensé: ‘Si hay escritores, entonces yo también quiero serlo’.⁵ En su obra más vendida, *El amante del volcán*, la heroína decimonónica creada por Sontag, Eleanora de Fonseca, se siente así también: “He leído y admirado el libro de Mary Wollstonecraft cuando se publicó en Nápoles en 1794, pero en mi periódico nunca planteé la cuestión de los derechos de la mujer. Yo era independiente. No había sacrificado mi mente a ninguna idea trivial típica de mi sexo. En realidad, no me veía como mujer, en primer lugar. Sólo pensaba en nuestra causa justa. Y me alegraba de olvidar que sólo era una mujer... Quería ser pura llama”.⁶

Sin embargo, cuando se convirtió en una intelectual famosa en la Nueva York de los años sesenta, los hombres veían a Sontag como una mujer más que como una llamarada ardiente, o como la heredera de la tradición feminista norteamericana. Algunos reaccionaron con envidia, otros con condescendencia, otros con desprecio. Como señala Sohnya Sayres, la biógrafa de Sontag, en aquella época pocas mujeres intelectuales se habían ganado el derecho de “ser una mujer atractiva, casi guapa, con una bisexualidad nunca mencionada pero tampoco oculta; no ser rechazada como mujer por no satirizar su propio poder”.⁷

Sontag no pedía disculpas, no daba explicaciones, no se reía de sí misma, y eso intimidaba y antagonizaba con algunos de sus rivales masculinos. En una reseña publicada en 1966 sobre *Against Interpretation*, un tal Burton Feldman escribió: “La señorita Sontag es hoy el último ejemplo [...], y quizá el principal, de esa clase de mujer intelectual tenaz, que empezó con Margaret Fuller y ha llegado hasta Mary McCarthy. Comparte con ellas una mente ágil, su buena educación y sus maneras despóticas,

⁵ Ruas 1982: 11 y 39.

⁶ Sontag 1992: 417.

⁷ Sayres 1990: 16.

así como su incapacidad para dejar de quejarse”.⁸ Entre los intelectuales neoyorquinos, en 1968, Norman Podhoretz atribuyó su rápido ascenso a “la coincidente disponibilidad en la cultura de una vacante” para la “Dama Negra de las Letras Americanas”. Afirmaba que Mary McCarthy “se había apropiado” de ese puesto, pero dado que McCarthy era ya demasiado mayor para seguir ocupándolo, “cuando Sontag salió a escena ya había un público esperando la llegada de su nueva Dama Negra, y ella era obviamente tan adecuada que en todos los bandos se tomó la decisión espontánea de concederle el puesto”.⁹

Cuando Sontag conoció a Mary McCarthy a finales de los sesenta, ésta declaró: “Vaya, si eres mi pura imitación”. Para Sontag, la idea de un papel preestablecido como mujer era “grotesca. Resulta que puede haber una mujer muy lista, o una negra de gran talento y pasión. Entonces, evidentemente, si queda un hueco y andas esperando a que aparezca la siguiente que tenga un poco de chispa y autoridad, a esta mujer se le va a alabar aún más allá de sus méritos reales porque, claro, es que por fin ha llegado”.¹⁰

Además, Sontag, con su melena negra más tarde adornada por un mechón de pelo canoso, era una mujer guapa, y por lo tanto más alarmante y excitante. Igual que Woody Allen fantaseó con la idea de la Puta de Mensa, una putilla con elevado coeficiente intelectual y capaz de conversar acerca de Proust y Strindberg, el editor y crítico Joseph Epstein señaló también que Susan Sontag era “el prototipo de amante bohemia licenciada universitaria que todo hombre de libros siente que debe tener a su lado”. Y llegó a afirmar que “en una mujer, sobre todo si se trata de una intelectual de talento, tener buena planta puede resultar algo más que una anomalía: es casi como si fuera impensable que una mujer posea belleza y capacidades intelectuales al mismo tiempo”. “¿Habría tenido Sontag la misma carrera si midiera 1.50 metros. Y si pesara 80 kilos, si hubiera sido rubia y llevara unas gafas redondas enormes?”, se preguntaba.¹¹ Del mismo modo, en la película franco-canadiense *The Decline of The American Empire*, un lascivo profesor universitario confiesa que su anhelo secreto es acostarse con Susan Sontag. Y en *Bull Durham*, Susan Sarandon se irrita cuando Kevin Costner declara que las novelas de la Sontag son “autoindul-

⁸ Feldman 1996: 152.

⁹ Podhoretz 1967: 154-155.

¹⁰ Bernstein 1989: C17.

¹¹ Epstein 1993: 45-47.

gentes, una porquería supervalorada”, a lo que Sarandon replica: “¡Pues yo opino que Susan Sontag es fabulosa!”. Para las mujeres, Sontag fue un símbolo feminista de independencia y espíritu libre, una heroína, “era como conocer a la Juana de Arco del momento”.¹² “Piense usted en las cosas que no hago —le dijo al crítico del *New York Times* Richard Bernstein en 1989—. No salgo por la tele. No escribo regularmente para ningún periódico o revista. No soy periodista. No soy una crítica. No soy profesora universitaria. No me pronuncio sobre la mayor parte de los temas en el candelero. Si quisiera desempeñar una labor de líder, estaría haciendo todas esas cosas. [...] Mi vida es enteramente privada”.¹³

“Mi infancia, aquella larga condena”

Aunque en 1972 dijo no haber sentido nunca “la tentación de escribir sobre mi vida”, sí que en entrevistas y en unos cuantos ensayos ha reflexionado sobre su historia, con lo que es posible reconstruir al menos parte de su biografía privada.¹⁴ Susan Lee Rosenblatt nació el 16 de enero de 1933 en Nueva York, hija de Jack y Mildred Jacobson Rosenblatt. De niña les contaba a sus compañeros de clase que había nacido en China, pero aquel cuento no era del todo cierto. Sí fue concebida en China, donde su padre era comerciante de pieles, pero su madre regresó a Nueva York para someterse a cuidados médicos ante el nacimiento de sus dos hijas, Susan y Judith (que nació en 1936). Las niñas quedaban al cargo de unos parientes de la ciudad mientras la madre volvía a China; Susan casi no veía a sus padres “porque pasaban la mayor parte del tiempo en Extremo Oriente”.¹⁵ Ella misma se ha descrito como una “niña psicológicamente abandonada”.¹⁶

En “Proyecto de viaje a China” meditó sobre sus primeros recuerdos. “Formas chinas en el primer salón que recuerdo (nos mudamos de aquella casa cuando tenía seis años): elefantes en fila hechos de marfil macizo y de cuarzo rosa, pergaminos de papel de arroz alargados con caligrafía negra enmarcados en madera estofada, el Buda Glotón quieto bajo la gran pantalla de la lámpara de seda rosa tensada. [...] Trofeos de allí, en recuerdo de aquel otro salón, el de la auténtica casa china, la que nunca vi. [...] El

¹² Benedict 1988: 75.

¹³ Bernstein 1989: C17.

¹⁴ Bellamy 1995: 46.

¹⁵ Garis 1992: 31.

¹⁶ Lacayo 1988: 88.

regalo de cumpleaños, un brazalete de cinco tubitos de jade verde, diminutos y rematados en oro, que nunca me puse".¹⁷ A los cuatro años, el socio de su padre, el señor Chen, le enseñó a comer con palillos, y dijo que parecía china.¹⁸

En 1938 su padre murió de tuberculosis en Tientsin. Sin embargo, nunca se habló de su muerte a las niñas; cuando la madre regresó a Estados Unidos a principios de 1939, "le costó varios meses decirme que mi padre ya no iba a volver".¹⁹ De mayor, Sontag confesó: "Sigo llorando con las películas en que hay alguna escena de un padre que regresa a casa después de una larga y desesperante ausencia, en el momento en que abraza a su hijo. O hijos".²⁰ Un año después de la muerte de su padre, Susan empezó a sufrir síntomas de asma, y la familia se trasladó primero a Miami y después a Tucson (Arizona), llevando también a la niñera, una católica irlandesa. Había empezado a leer a los tres años, momento en que se formó su identificación con los libros. Cuando empezó a estudiar en una escuela pública, estaba tan adelantada para su edad que pasó directamente a tercero. "Era una niña terriblemente inquieta, y me fastidiaba tanto ser pequeña que me buscaba ocupaciones todo el tiempo".²¹ A los siete años leyó la biografía de Madame Curie. Durante muchos años quiso ser científica o médica.

Pero Mildred Rosenblatt no era ninguna Madame Curie, y los sentimientos de Susan hacia su madre, tan fría, malhumorada y "huesuda", eran muy diferentes de los amorosos recuerdos que tenía de su padre.²² "Mi madre era una mujer muy reservada. [...] Solía dejarle mi cartilla de notas junto a su cama, por la noche, y la encontraba al día siguiente firmada, a la hora del desayuno. Nunca decía nada. [...] Tengo una visión de mi madre, echada en la cama, con las persianas cerradas, y con un vaso a su lado, que yo pensaba que era de agua pero que ahora sé era de vodka. Siempre decía que estaba cansada. Como consecuencia, a mí me encanta dormir sólo cuatro horas cada noche".²³

Entre tanto, Susan se perdía en el universo de los libros. "Puedo aún recordar mi primera estantería, de cuando tenía ocho o nueve años. Dice

¹⁷ Sontag 1982: 269.

¹⁸ *Ibid.*: 274.

¹⁹ *Ibid.*: 282.

²⁰ Ruas 1982: 40.

²¹ Cott 1995: 121.

²² Sontag 1987: 38.

²³ Garis 1992: 31.

bastante de mi aislamiento. Solía echarme en la cama y quedarme mirándola, en la pared de delante. Era como si mirara a todos mis amigos. Un libro era como colarse dentro de un espejo. Podía ir adonde quisiera. Cada libro era una puerta a un reino entero”.²⁴ “Lectora endemoniada”, devoraba de todo, desde cuentos de hadas, hasta libros de cómics, los Gemelos Bobbsey, “libros de astronomía, química, China, biografías de científicos, todos los libros de viajes de Richard Halliburton, y un buen número de clásicos de la era victoriana, casi todos”.²⁵ También “escribía como loca”.²⁶ A los diez años descubrió la Biblioteca Moderna en una tienda de objetos de papelería que había en Tucson, y se empapó de los grandes nombres. “Más o menos comprendía que se trataba de clásicos. Como me gustaba leer enciclopedias, tenía la cabeza llena de montones de nombres. ¡Y ahí estaban todos! Homero, Virgilio, Dante, George Eliot, Thackeray, Dickens. Decidí leerlos todos”.²⁷

En 1945, Mildred Rosenblatt se casó con un capitán de la Fuerza Aérea, Nathan Sontag, todo un as del avión, “apuesto, condecorado y lleno de metralla”, al que habían derribado cinco días después del estallido de la guerra; las niñas adoptaron el apellido de su padrastro. Al año siguiente se trasladaron a Canoga Park (California), a una “acogedora casita de campo, con sus setos de rosas y sus tres abedules”. Al fin tenía un dormitorio para ella sola, con una “puerta para mí”. “Ya podía leer durante horas, con mi linterna, después de que mandaran a dormir y apagar la luz, pero no la de debajo de mi parapeto de sábanas”.²⁸

En el instituto de enseñanza secundaria North Hollywood fue la editora del *Vintage*, la revista literaria; editora del periódico de los alumnos, y miembro del consejo escolar. Ya en esa época desarrolló inclinaciones izquierdistas: “En el instituto había un pequeño grupo comunista, y me dieron la Constitución soviética de 1936 para que la leyera. La leí, y hablamos sobre ella (y jamás me cuestioné nada; estaba convencida de que se correspondía con la realidad)”.²⁹ Pero los detalles ordinarios de la vida estadounidense de los cuarenta la volvían loca, y le hacían chirriar los dientes, mesarse los cabellos, morderse las uñas y comer demasiado. En espe-

²⁴ *Ibid.*

²⁵ Sontag 1987: 39.

²⁶ Cott 1995: 121.

²⁷ Garis 1992: 131.

²⁸ Sontag 1987: 38.

²⁹ Scarpetta 1995: 99.

cial la cultura popular: "las comedias semanales, festoneadas de risas enlaidadas, el empalagoso Hit Parade, los histéricos comentaristas de los partidos de béisbol y los concursos (esa radio cuyo estruendo llenaba el salón las tardes de entre semana y gran parte de los sábados y domingos era un tormento interminable)".³⁰ Después sentiría aquella misma exasperación por la televisión (salvo la francesa).

En diciembre de 1947, a los catorce años, Sontag era una niña enamorada de los libros y de la música, que se tomaba muy en serio y con "vehemencia a los autores a los que admiraba, y estaba impaciente por ver la realidad a la que iba a viajar en cuanto me liberara de aquella larga condena que era mi niñez". Muchos de los detalles de su adolescencia parecen paradigmáticos de la joven feminista. Sus mejores amigos eran dos chicos, Peter y Merrill, y no parecía hacer buenas migas con otras jovencitas (Elaine, una chica mayor que ella y que tocaba la flauta, parece ser la única excepción); tampoco tenía una relación estrecha con su hermana pequeña, Judith, aunque de adultas estarían muy unidas. Con Merrill compartió el descubrimiento de *La montaña mágica*, de Thomas Mann, que la dejó atónita, y cuya lectura le hizo caer en la cuenta de que la tuberculosis que había acabado con su padre era "¡el paradigma mismo de una curiosidad intelectual sentida y espiritual!".³¹ Esa misma percepción resurgiría de nuevo años más tarde en *La enfermedad como metáfora*.

Leyó la novela de Mann una y otra vez, y se la prestó a Merrill que también quedó fascinado con ella. Pero su amigo la metió en una embarazosa situación: después de mucho insistir la convenció para ir a visitar al anciano Thomas Mann, que vivía cerca de allí, en Pacific Palisades. El episodio ocupa el lugar central de su ensayo autobiográfico "Peregrinación", que empieza así: "Todo lo que rodeó mi encuentro con él lleva el color de la vergüenza". Para ella, la visita a Mann fue un gesto impertinente y desmesurado, como ir a ver a un dios. Pero lo que en realidad la conmocionó más fue que Mann, que en aquella época estaba trabajando en su *Doctor Fausto*, no hablaba como un dios, ni siquiera como un libro; "hablaba como una reseña literaria", recurriendo a "fórmulas sentenciosas", o al menos así le sonó a ella. Cuando la esposa de Mann les sirvió la merienda, llena de detalles al estilo alemán, no sabía dónde meterse. Mann les preguntó por Hemingway, y nuestra pareja de esnobs de instituto le

³⁰ Sontag 1987: 38.

³¹ *Ibid.*: 42.

contestó que para ellos no era un verdadero artista, sino “un autor muy famoso de novelas que se han usado para hacer películas románticas”.

Lo peor de todo fueron sus preguntas acerca de la juventud estadounidense, pues revelaban que “no tenía ni la menor idea de cómo era un instituto del sur de California. ¿Es que no sabía nada de las clases de educación del conductor (obligatorias)? ¿O de las clases de mecanografía? ¿Cómo reaccionaría si tuviera que ver los condones arrugados que uno se iba encontrando desperdigados por el campus a primera hora (era uno de los sitios de encuentro favoritos)? [...] ¿Y si viera el ‘té’ que vendían un par de *pachukes* (como se llamaba a los adolescentes chicanos), que montaban su puesto en el muro izquierdo del edificio de asambleas para los recreos de la mañana? ¿Acaso podría imaginar a George, que, como sabíamos algunos, llevaba una pistola y robaba a los dependientes de las gasolineras? ¿O a Ella y Nella, las hermanas enanas, que organizaron el boicot del Club de la Biblia que acabó con la retirada de nuestro libro de biología? ¿No se había enterado de que ya no se daba latín, ni se estudiaba a Shakespeare, y que durante cuatro meses en décimo de inglés la visiblemente atontada profesora nos repartía copias del *Reader's Digest* al comienzo de la clase (teníamos que seleccionar un artículo y hacer un resumen) y luego se pasaba la hora entera sentada en su mesa, dando cabezadas y tejiendo? [...] Seguro que no podía imaginar nada de eso, y deseé que no llegara a enterarse nunca”. Parecía estar muy alejado de la realidad americana; pero no quiso decirle nada.

Años después de aquella visita, cuando Sontag había conocido a otros muchos escritores y había aprendido a ser más tolerante, seguía aún recordando su peregrinación a la casa de Thomas Mann como un acontecimiento profundamente vergonzante (ella misma no diría “decepcionante”). Parece que nunca se dio cuenta de que esos detalles de la vida de los institutos americanos del sur de California eran mucho más serios, auténticos, vívidos y atractivos que los lejanos ecos de la élite europea de la cultura de Mann. ¿Qué habrá sido de aquellas dos hermanas enanas? ¿Y de George, que tuvo que pasar una temporada en prisión mientras ella iba a la universidad? Sin embargo, quizá en cierto sentido todo este material inconsciente se halla también en el centro de su relato, pues con tanta claridad lo recuerda y tan dramáticamente lo describe. Por eso, en lo que tiene de reflejo de su crecimiento como mujer americana, “Peregrinación” es la obra más sincera y directa emocionalmente que ha escrito, una especie de equivalente de las *Memories of a Catholic Girlhood* de McCarthy o de las *Mémoires d' un fille rangée* de Beauvoir.

Pero, al mismo tiempo, el incidente parece manifestar su necesidad de escapar de los Estados Unidos y de la niñez. En 1987 escribió: "Aún siento una inmensa alegría y gratitud por haberme liberado de la asfixia de la infancia. Me liberó la admiración que sentía por autores y obras. Pero también la vergüenza, que es el precio de una admiración sentida con vehemencia. En aquel entonces me sentía como una adulta obligada a vivir en un cuerpo de niña. Y desde entonces me siento como una niña con el privilegio de vivir en un cuerpo de adulta".³² Pronto se transformó en una persona más idónea para conocer al idealizado novelista "Thomas Mann", a ese tipo de intelectual estadounidense cosmopolita y sin raíces que Elizabeth Hardwick llamó "el buen europeo [...] internacional, demasiado respetuoso de la cultura y las peculiaridades de las naciones como para echar raíces, pero a la vez no tímido ni provinciano ni demasiado nativo como para no sentir curiosidad".³³

Chicago

Ya de adolescente, Sontag era una versión americana de la intelectual feminista *avant la lettre*, una joven Simone de Beauvoir. Hardwick escribe de aquel periodo: "Resulta fácil verla como un prodigio en la École Normale, y no es casualidad que a los dieciséis años pudiera acceder a la Universidad de Chicago".³⁴ En efecto, a la edad de quince años fue liberada de la prisión de la infancia; reducción de condena por buena conducta. El director de su instituto le dijo que estaba perdiendo el tiempo allí, y le dio permiso para graduarse y matricularse en Berkeley, que era donde quería enviarla su madre.

Pero ella deseaba estudiar en la Universidad de Chicago, un centro totalmente alejado del estilo americano popular, chillón, crudo y competitivo. "¿Por qué decidí Chicago? —se preguntó años más tarde—. Porque leí un artículo en la revista *Collier*, creo, en 1946 o 1947. No sé si era de Robert Hutchins, explicando los objetivos y el programa educativo del centro, o si era un artículo que describía aquel sitio excéntrico que no tenía equipo de fútbol y donde lo único que se hacía era estudiar, donde a todas horas se hablaba de Platón, Aristóteles y Aquino. Y yo pensé, esto es lo que busco." "Chicago era exactamente como esperaba".³⁵

³² *Ibid.*: 38-54.

³³ Hardwick 1982: x-xi.

³⁴ *Ibid.*: xii.

³⁵ McQuade 1995: 271-272.

Fue como encontrar su hogar y vivir entre personas parecidas a ella. Le encantó la disciplina que imponían. “Antes de Chicago era una lectora voraz. Pero el tipo de trabajo que hacía hasta entonces se reducía a asimilar material; no seguía ningún método claro. El método que se aplicaba en Chicago era comparativo y básicamente ahistórico. [...] Había un diálogo constante entre los textos; y el método de compararlos, que es el que me enseñaron en Chicago, es el que sigo aplicando en mis ensayos.”

Escribió muy poca ficción porque “ese tipo de escritura surge de una especie de inquietud e insatisfacción. Y yo estaba muy satisfecha en Chicago”. Aunque no se dio cuenta en ese momento, en aquella universidad no había ningún modelo de mujer que ella pudiera emular. Asistió a cursos con Joseph Schwab, Kenneth Burke, Richard McKeon y Leo Strauss, y trabó amistad con Mike Nichols y Allan Bloom. “En Chicago recibí una serie de instrumentos valiosísimos, y reafirmé mi entusiasmo y mi respeto natural hacia lo serio y hacia el aprendizaje. La Universidad de Chicago fue la parte más importante de mi educación. Desde entonces, mi vida ha consistido en desarrollar un debate íntimo con la educación que recibí allí”.³⁶

Como ella misma recuerda, los catedráticos y profesores de la Universidad de Chicago, como por ejemplo Thomas Mann, eran “dioses, y no podíamos ni imaginar tener algún tipo de trato social con ellos”.³⁷ Pero en diciembre de 1950, a instancias de varios amigos, acudió a escuchar a un joven profesor, Philip Rieff, que daba una conferencia sobre Freud. Al acabar, ella se quedó en la sala y fue la última en marcharse. “Él estaba de pie junto a la puerta —recuerda—, y me detuvo agarrándome por el brazo y me preguntó cómo me llamaba. Me excusé y le dije que sólo había ido como público. No, ¿cómo te llamas? —insistió—. ¿Quieres venir a comer conmigo?”.³⁸ Diez días después de aquello se casaron. Rieff tenía veintiocho años, era un “pulcro anglófilo”, y Sontag tenía diecisiete años pero representaba menos edad, con sus vaqueros y su melena larga. Poco después de la boda, al ir a visitarlo a una de sus conferencias, oyó murmurar a sus estudiantes que Rieff se había casado con una “india de catorce años”.³⁹ Como comenta Sohnya Sayres, la belleza de Sontag tuvo que influir en aquel brevísimo noviazgo: “Nor-

³⁶ *Ibid.*: 273-275 y 278.

³⁷ *Ibid.*: 276.

³⁸ Rows 1978: 79.

³⁹ Garis 1992: 131.

malmente un hombre no detiene el paso a una mujer que sólo es brillante intelectualmente".⁴⁰

Mujer casada

Su matrimonio tenía rasgos intelectuales y cosmopolitas; los dos eran "personas excéntricas y apasionadas".⁴¹ Sontag se graduó en 1951, finalizando su licenciatura en menos tiempo de lo habitual, y se trasladaron a vivir a Boston, donde Rieff enseñó en Brandeis. En septiembre de 1952, nació su hijo, David, dos semanas después de que ella solicitara plaza para cursar el doctorado en filosofía en Harvard. En 1955, recibió su título de doctora en filosofía por Harvard; a continuación, sin dejar su residencia en Boston, obtuvo un puesto en la Universidad de Connecticut, en Storrs, como profesora de lengua inglesa y dio clases de filosofía en Harvard durante un año.

De esta etapa de su vida, del impacto que le causó la vida de esposa de un profesor universitario, la maternidad, las responsabilidades siendo aún tan joven, Sontag ha escrito y ha dicho poco. Pero está claro que seguía intranquila. Hay que recordar que durante el primer año del matrimonio leyó *El segundo sexo*, lo que le hizo tomar conciencia del dilema femenino. A partir de ese momento, como ella misma dijo, trató de aplicar en su propia vida los principios de la libertad existencial y de la libre elección que proponía Beauvoir. Obtuvo un puesto de becaria de la Asociación Americana de Mujeres Universitarias, en St. Annes, en Oxford, para el curso 1957-1958. Rieff también consiguió otra beca, pero, en el último momento, por razones desconocidas, decidió no ir. Sontag fue sin él y, según la novelista Judith Grossman, sin su hijo. Grossman, que se encontraba en Oxford por aquel entonces, comprendió y describió en su novela *Her Own Terms* el impacto que causó Sontag entre la gente de letras de Oxford: "¡Esa mujer! —le dice un entusiasmado joven a Irene, la narradora—. ¡La americana! Es la mujer más brillante que he conocido en mi vida, y en cuanto a beber, me da cien vueltas. [...] Se hace llamar Sontag". Pero antes de que pudieran siquiera intentar seducirla, Sontag parte hacia París, donde va a estudiar un año en la Sorbona —no arte, sino filosofía. Las mujeres murmuran sobre el escandaloso estilo de vida, tan independiente, de Sontag:

⁴⁰ Sayres 1990: 27.

⁴¹ McQuade 1995: 277.

“¿Sabías que tiene un marido y un hijo, en Estados Unidos?... Ni por asomo haríamos nosotras algo parecido’. No dije nada; me dio por pensar que no andábamos muy bien de imaginación por aquí”.⁴²

En la Sorbona, Sontag entró en contacto con la *nouveau roman* y con la *nouvelle vague* del cine. Pero además descubrió el placer de la música popular y la liberación sexual que implicaba. “El *rock and roll* realmente me cambió la vida —le dijo a Jonathan Cott, de la revista *Rolling Stone*, en 1978—. Fue con Bill Haley and the Comets. Aquello fue toda una revelación; no te puedes imaginar hasta qué punto desconocía la música popular, pues de niña en los años cuarenta sólo escuchaba a cantantes melódicos y me parecían patéticos. Entonces oí a Johnnie Ray cantando *Cry*. Cuando lo escuché noté que una curiosa sensación me recorría toda la piel. Varios años después llegó Bill Haley, y en 1957 fui a estudiar a Inglaterra y allí escuché a algunos de aquellos grupos incipientes influidos por Chuck Berry. Era el germen del fenómeno Beatles.

“Mira, creo que el *rock and roll* es la razón por la que me divorcié. Creo que fue Bill Haley and the Comets y Chuck Berry lo que me hizo tomar la decisión de divorciarme y abandonar el mundo académico. En aquella época, a finales de los cincuenta, vivía inmersa en un mundo totalmente intelectual. No conocía ni una sola persona con la que pudiera compartir todos esos sentimientos nuevos. No hablé de esto con nadie. La gente dice muchas estupideces sobre los años cincuenta, pero es cierto que existía una separación total entre la gente que estaba al día en cuanto a la cultura popular y los que vivían en el mundo de la cultura de élite. Nunca conocí a nadie que estuviera interesado por ambas, y yo sí que me sentía atraída por las dos”.⁴³ A los veintiséis años, Sontag aprendió a bailar por primera vez.

Cuando regresó a Nueva York le pidió a Rieff el divorcio. “En muchos aspectos, el nuestro era un buen matrimonio —dijo—. Pero no quería volver a aquello. Pensé que había otras vidas que vivir”.⁴⁴ Veinte años después le explicó a Cott: “Tenía la idea de que quería tener varias vidas, y es muy difícil tener varias vidas y estar casada... en algún punto de la línea, una debe elegir entre la Vida y el Proyecto”.⁴⁵ En 1958, Rieff obtuvo la custodia del libro en el que habían estado trabajando, *Freud: The Mind of*

⁴² Grossman 1988: 231-232.

⁴³ Cott 1995: 115.

⁴⁴ Rowes 1978: 80.

⁴⁵ Cott 1995: 129.

the Moralist, y Sontag, la de David. Su abogado le dijo que era la primera persona del estado de California que renunciaba al cobro de la pensión.⁴⁶ “Cuando siete años después me divorcié de mi marido, me parecía que era un acto de principios, de igualdad ‘personal’ por mi parte rechazar la petición automática de pensión que quería plantear mi abogado, cosa que me indignó; y eso que estaba en la ruina, sin casa y sin empleo en esos momentos, y que tenía un niño de seis años al que debía mantener y criar”.⁴⁷

Sontag siempre tuvo claro que fue madre soltera: “Me divorcié cuando mi hijo tenía cinco años y lo eduqué sola. Tuve que asumir responsabilidades que un hombre no tendría. Tenía que ocuparme del piso, educar al niño, ponerle los zapatos cada mañana, llevar la ropa a la lavandería y demás. Tienes que ser más fuerte que un hombre”.⁴⁸

Después del divorcio, y a pesar de todas las responsabilidades, Sontag empezó a vivir realmente su adolescencia. “De los veintisiete a los treinta y cinco tuve una adolescencia de lo más agradable, que además coincidió con los años sesenta —los disfruté como la gente mucho más joven que yo.” Como cantó Bob Dylan en aquella década, en sus días en la preparatoria se sentía mucho mayor, y después vivió como si fuera más joven incluso que antes.

La intelectual de Nueva York

Sontag se sumergió en la vida de Nueva York, trabajando como profesora en varias escuelas superiores y también como editora del *Commentary*. Además, estaba escribiendo su primera novela, *The Benefactor*. Cuando la terminó, simplemente “se la llevó a un editor”. “Antes me hice una lista: Farrar, Straus y Giroux era mi primera elección en 1962, pues habían publicado *The Djuna Barnes Reader*; en segundo lugar puse a New Directions, pero por alguna razón tenía la sensación de que iban a ser menos accesibles; el tercero de la lista era Grove Press, porque estaban publicando a Beckett. ¡Era ridículo!”.⁴⁹ Dos semanas más tarde, Farrar, Straus y Giroux la llamó y le ofreció un contrato; igual que ya le había pasado antes en su matrimonio, aquello fue un noviazgo brevísimo.

⁴⁶ Garis 1992: 31.

⁴⁷ Sontag 1973: 205.

⁴⁸ Beyer 1995: 172.

⁴⁹ Ruas 1982: 39.

En realidad, el rápido ascenso de Sontag en los círculos intelectuales neoyorquinos suscitó murmuraciones y envidias. Había muchas jóvenes escritoras que buscaban esa misma oportunidad; Sylvia Plath, en sus diarios del invierno de 1960, recoge un sueño que tuvo, en el cual su hermano la descubriría acostada con un hombre llamado *Partisan Review*.⁵⁰ William Phillips recordaba que conoció a Susan Sontag en una fiesta organizada por Farrar, Straus y Giroux en 1962. “Se me acercó y me dijo: ‘¿Cómo se escribe una reseña para el *Partisan Review*?’. Y yo le contesté: ‘No tienes más que pedirlo’. ‘Eso es lo que estoy haciendo’, dijo ella. ‘Muy bien —contesté—. ¿Qué quieres hacer?’. No sé si fue por el whisky o porque había bajado la guardia, o que realmente había algo tremendamente atractivo en Susan. Prefiero pensar que estaba abierto a los nuevos talentos y que me había quedado prendado de la inteligencia que se podía detectar en su mirada”.⁵¹ Sin embargo, Philip Rahv no se quedó tan fascinado. “Susan Sontag. ¿Quién es? —le preguntó a Mary McCarthy—. De la cintura para arriba, esa chica es un bodrio”.⁵²

Pero la imagen que tenía Rahv de Sontag no la compartía mucha gente. Al contrario, enseguida se convirtió en una celebridad de la vanguardia, y también en una especie de iconoclasta, por su pasión por la cultura popular. “Hice unas cuantas referencias graciosas a cosas de la cultura popular que a mí me gustaban —explicó—. Por ejemplo, dije que a una persona le podía gustar Jasper Johns y las Supremes. Pero tampoco es que hubiera escrito un ensayo sobre las Supremes”. En 1964 publicó en el *Partisan Review* “Notes on Camp”, una reseña en que quedaba de manifiesto que su autora estaba muy al día y en la que introducía el tema de la estética gay, definiendo la importancia del artificio, el estilo, la androginia, la teatralidad y la extravagancia de la sensibilidad amanerada. Escrito en un momento en que Oscar Wilde y el movimiento decadente se veían como asuntos irrelevantes y pasados de moda, “Notas sobre lo camp” se adelantó a su tiempo en cuanto a llamar la atención sobre Wilde como teórico literario y sobre la estética como categoría artística seria. Por otra parte, su elección del tema del amaneramiento era un preludio del feminismo. “La relación extremadamente sentimental de los hombres amanerados con la belleza no es de mucha ayuda para las mujeres, pero sí su ironía subyacente —destacó Sontag más tarde—. Ironizar sobre los sexos es un paso previo a su despo-

⁵⁰ Plath 1982: 332.

⁵¹ Phillips 1983: 255-256.

⁵² Brightman 1992: 491.

larización. En este sentido, la difusión del gusto *camp* a comienzos de los sesenta desempeñó un papel considerable, aunque pasara desapercibido, en el surgimiento de la conciencia feminista de finales de la década”.⁵³

Entre tanto, Sontag educaba a su hijo David ella sola, en una atmósfera que él recuerda como de “pobreza soportable” y con una relación íntima de mucho cariño entre los dos. Madre e hijo estaban muy unidos y compartían muchos intereses. David estudió en la “ultraprogresista, ultraradical y bohemia New Lincoln School”, en la calle 110, donde también iban los hijos de Harry Belafonte, Robert Rauschenberg y Zero Mostel. Entre los alumnos había tanto niños de hogares con escasos recursos, como hijos de papás ricos y famosos. Como recuerda una compañera de clase, Michele Wallace, en las asambleas escolares “participaban cantantes activistas de folk, portavoces del SNCC y del Movimiento para los Derechos Civiles. En clase escuchábamos música de Leadbelly y de John Cage, y cantábamos las canciones de Pete Seeger”.⁵⁴ Entre los amigos de Sontag se contaban artistas como Jasper Johns y médicos como Jonathan Miller y Oliver Sacks, con los que charlaba de medicina y asistía a autopsias.⁵⁵ Pero a pesar de su breve flirteo con la cultura popular, parece que una vez más los intereses intelectuales de Sontag la distanciaron de otras mujeres y de los jóvenes, dada su participación en otros círculos artísticos de élite como el PEN International o el New York Film Festival, y su obtención de becas de las fundaciones Rockefeller y Guggenheim. Escribió con gran elocuencia sobre cine, como, por ejemplo, sobre la película *Persona* de Ingmar Bergman. Participó también en el movimiento antibélico y en 1968 viajó a Vietnam del Norte —país casi cliché para las viejas intelectuales neoyorquinas como McCarthy y Arendt, pero lejos del centro de energías radicales durante la Primavera de Praga y los acontecimientos de París.

Mujer “liberada”

Los años comprendidos entre 1968 y 1973 fueron fundamentales para muchas intelectuales feministas de finales del siglo xx. Fueron también años de vida desarraigada y errante para Sontag, que viajó con frecuencia a Estocolmo, donde aprendió sueco y dirigió dos películas, *Duet for Cannibals*

⁵³ Pogue 1995: 70.

⁵⁴ Wallace 1998: 428-429.

⁵⁵ Benedict 1988: 78.

y *Brother Carl*; a París, donde vivió varios periodos largos con David, que había dejado Amherst; a Vietnam, China e Israel. En 1972 vivía en un ático con vistas al Hudson, “con ese aspecto desangelado y espartano típico de un piso al que te acabas de mudar”, sólo que llevaba viviendo en él unos cinco años.⁵⁶ Sontag describió aquel periodo de su vida como una época de crisis. “¿Dónde estoy? ¿Qué estoy haciendo? ¿Qué he hecho? Era como si fuera una expatriada, cuando no era eso lo que pretendía. Ya no parecía una escritora, cuando sobre todo quería ser escritora”.⁵⁷

En 1972 también prestó atención al movimiento estadounidense de liberación de la mujer, y se leyó todos los libros importantes al respecto. “Me gustan todos porque la cuestión principal es hacer ruido”, le dijo a Victoria Schultz. De todos modos, *The Female Eunuch* le pareció “esencialmente reaccionario”, y pensó que *Sexual Politics* tenía unas “tremendas limitaciones”.⁵⁸ En términos de su vida personal, Sontag, igual que Beauvoir, seguía sin ver la desventaja de ser mujer como un factor de relevancia directa. “El movimiento feminista ha sido importante para mí porque me ha hecho sentir menos rara y también porque me ha hecho comprender algunas de las presiones existentes sobre las mujeres, de las que afortunadamente yo he podido escapar, quizá por mi carácter excéntrico o por lo peculiar de mi educación”.⁵⁹

Desarrolló estas ideas en su manifiesto feminista más completo, “El Tercer Mundo de la Mujer” (1973), en el que expresa su credo: “La primera responsabilidad de toda mujer ‘liberada’ es vivir la vida más plena, más libre y más imaginativa que pueda imaginar. La segunda responsabilidad es su solidaridad para con otras mujeres. Puede vivir y trabajar y hacer el amor con hombres, pero no tiene derecho a representar su situación como si fuera más simple, menos sospechosa o menos asediada por multitud de peligros y concesiones de lo que en realidad es. Sus buenas relaciones con los hombres no deben comprarse al precio de traicionar a sus hermanas”.

Desde la perspectiva que le daba hallarse por encima de la batalla, Sontag asumió una posición intelectual muy distanciada. Describió la legalización del aborto y el establecimiento de una jornada libre para dedicarse a la familia, como demandas “reformistas”, y, por lo tanto, “sospe-

⁵⁶ Schultz 1995: 23.

⁵⁷ Ruas 1995: 175.

⁵⁸ Schultz 1995: 33.

⁵⁹ Manion y Simon 1995: 210.

chosas. La historia demuestra que la rabia de las mujeres, cuando se canaliza hacia una mera presión por conseguir demandas reformistas sin más, acaba dispersándose también muy fácilmente... tal reforma tiende a estrechar las energías militantes, y a continuación las dispersa de repente. También puede discutirse que vienen a reforzar el sistema represivo, a través de una mejora de algunos de sus aspectos más duros".⁶⁰ Criticó a otras mujeres de éxito en el mundo de las artes y de profesiones liberales por su misoginia y complacencia, sin darse cuenta de que ella misma estaba cayendo en culpabilizar a las víctimas. Sohnya Sayres considera que dicho ensayo es forzado y evasivo: "El ensayo transmite la sensación de que ella nunca estuvo presente en los momentos en que las mujeres se exhortaban unas a otras a liberarse de la victimización y a asumir su poder... escribe acerca de algo que le atrae, pero que ella misma no desea ser, porque le preocupa lo que ello pueda revelar de sí misma y de su época".⁶¹

Cáncer

En 1975, la vida y los valores fundamentales de Sontag se vieron transformados de manera permanente, cuando hubo de ser hospitalizada por un cáncer de mama y recibió la noticia de que tenía un 10% de probabilidades de vivir dos años más. "Caer enferma, enfrentarse a la propia muerte, verse rodeada de personas que sufren terriblemente —muriendo, muchos de ellos— durante años es, por supuesto, una experiencia que te cambia la vida. Después de eso ya no eres la misma persona. A mí me dijeron que casi con toda seguridad iba a morir pronto. Tuve suerte, no morí. Pero el hecho es que he sobrevivido, que ahora ya no estoy enferma. El cáncer remite y quizá eso signifique que estoy curada. Pero eso no significa que vaya a anular dicha experiencia. Te encuentras al otro lado de algo que modifica por completo tu relación con la vida, que te acerca a la muerte de tal modo que no puedes volver después completamente igual.

"A mí me ha cambiado muchas cosas. En cierto sentido ha sido una experiencia fortalecedora. Es como una de esas situaciones de emergencia en que se pone de manifiesto todo lo bueno y lo malo de cada uno; resulta impresionante. Lo he visto en otras personas, y no sólo en mí misma; otras personas con un coraje extraordinario, con una inteligencia que les permi-

⁶⁰ Sontag 1973: 206.

⁶¹ Sayres 1990: 20.

te mucho más de lo que hasta entonces habían podido hacer. A la vez, es debilitador, porque una se da cuenta, de una manera muy dolorosa, de su propia mortalidad y, una vez más, de la extensión de todo el sufrimiento humano innecesario, algo que me enfurecía".⁶²

Sontag reaccionó a la mala noticia con fuerza e inteligencia, y con la firme determinación de sobrevivir. Tuvo que pasar por cinco operaciones, una mastectomía, sesiones de quimioterapia, y regresó a Francia para someterse al agresivo tratamiento contra el cáncer que aún no estaba disponible en ningún otro país. Además, tuvo que aprender a recibir ayuda de otras personas. Robert Silvers, coeditor del *New York Review of Books*, hizo una colecta entre sus amigos para sufragar los gastos del tratamiento, ya que Sontag no tenía ningún tipo de seguro médico. Muchas veces ha declarado que sobrevivir al cáncer le proporcionó un renovado sentido de la importancia de las relaciones humanas, así como un profundo sentimiento de compasión hacia el sufrimiento humano. "Cuando me puse enferma —dijo en cierta ocasión a un periodista—, lo que deseaba era estar más cerca de la gente, recibir su consuelo, y conversar sobre la vida y la muerte. Seguí trabajando, por propia dignidad, pero si fuera una persona menos consciente o menos motivada, habría querido estar rodeada de gente nada más. No quería escribir; lo que quería era estrechar manos".⁶³

En 1978, en su entrevista con Jonathan Cott, describió la enfermedad como algo terrorífico y a la vez curiosamente estimulante. "Bueno, mira, me dijeron que era probable que muriera muy pronto, de modo que tuve que enfrentarme no sólo a una enfermedad y a unas operaciones bastante dolorosas, sino también a mi idea de lo que sería morir en cuestión de un año o dos. Y aparte de sentir el dolor físico, me entró un miedo espantoso. Notaba la más aguda sensación de pánico animal. Pero a la vez pasé también por momentos de euforia, de tremenda intensidad. Era como si hubiera emprendido una aventura fabulosa".⁶⁴

Su experiencia de la enfermedad quedó plasmada en su libro más original, *La enfermedad como metáfora*, al que siguió *El sida y sus metáforas*. Por otra parte, la perspectiva de una muerte cercana la hizo sentirse libre para romper con los dogmas obsoletos de la izquierda intelectual. En 1982 provocó una auténtica tormenta al declarar en un encuentro público que la

⁶² Ruas 1982: 40.

⁶³ Benedict 1990: 79.

⁶⁴ Cott 1982: 108 y 109.

izquierda estadounidense había subestimado el mal del comunismo. Aquello fue una declaración de independencia política que conmocionó a sus antiguos amigos. Sontag sintió que por fin estaba expresando unos sentimientos que llevaba dentro desde mediados de los setenta, desde la época en que conoció a exiliados de países comunistas, como Joseph Brodsky, que le describió el horror de vivir bajo un régimen comunista. Pero Elizabeth Hardwick atribuyó el veneno con que iban cargados los subsiguientes ataques a la posición de Sontag como “mujer, como mujer culta, como *femme savante*. [...] Como intelectual dotada de gran talento y fantásticas actitudes, era como si su figura fuese un objetivo idóneo al que ridiculizar de la forma más burda. Creo que el tono que se utilizó contra ella era diferente porque se trataba de una mujer muy brillante y ambiciosa intelectualmente”. En opinión de Hardwick, los estadounidenses se sentían “inclinados a castigar a las mujeres, acusándolas de lo que podría llamarse presunción, de una u otra clase”.⁶⁵ La propia Sontag despachó el asunto de un plumazo: como le dijo a un entrevistador, “*escribir bien es la mejor revancha*”.⁶⁶

En los ochenta siguió llevando a la práctica sus convicciones, rompiendo así con instituciones intelectuales dominadas por hombres, y adoptando una posición independiente en cuanto a asuntos políticos, estéticos y sexuales. Cuando se celebró la reunión del PEN en Nueva York en el invierno de 1986, varias mujeres miembros de la asociación protestaron ante su presidente, Norman Mailer, por la ausencia virtual de mujeres en los jurados, a lo que Mailer replicó: “Teniendo en cuenta que la formación de los jurados es, en buena medida, intelectual, no hay muchas mujeres que sean como Susan Sontag, es decir, que en primer lugar sean intelectuales, y en segundo lugar, poetas y novelistas. Hay más hombres que son primero intelectuales, así que hay una tendencia natural a escoger más hombres que mujeres”.⁶⁷ Sin embargo, Sontag manifestó su solidaridad con el grupo feminista que decidió abandonar el congreso, y asistió a los encuentros que dieron lugar al PEN de mujeres. En la votación siguiente fue elegida presidenta del PEN.

Empezó también a afirmarse como profesional en otros aspectos, y a plantear exigencias. En 1989 se declaró un incendio en su apartamento.

⁶⁵ Hardwick 1985.

⁶⁶ Ruas 1982: 11.

⁶⁷ McDowell 1986.

“Los bomberos entraron desde el tejado abriéndose paso a hachazos para poder extinguir las llamas, que causaron tanto daños físicos como psíquicos —escribió la periodista Paula Span—. Lo que la espantó, según dijo la propia Sontag, fue la noción de no tener suficiente dinero en el banco como para refugiarse en un hotel mínimamente decente. El dueño del piso tapó el boquete con una lona, y así pudo pasar la noche en su apartamento, pero casi a la intemperie”. Sontag se dio cuenta de que no tenía casi dinero y que se encontraba desprotegida frente al futuro. Tenía entonces cincuenta y seis años, y resolvió que “ser la propietaria de tu apartamento y desembalar todos tus libros y tener tiempo para escribir no es pedir tanto. No son exigencias irracionales, ni deshonestas”. Así pues, por primera vez contrató un agente, Andrew Wylie, que le consiguió un contrato para cuatro libros con Farrar, Straus, cosa que le proporcionó una cierta seguridad financiera. También recibió una beca de la Fundación MacArthur de 340 000 dólares, que le permitió comprarse un soleado apartamento en una cooperativa. “A todas horas me pregunto por qué tardé tanto —dijo Sontag—. No tenía acceso a este tipo de expresividad, de libertad interior”, especuló ella misma.⁶⁸

Escribir ficción

Entre tanto, se enfrentó al tremendo esfuerzo que supone ser escritora. “Debo dejar de parapetarme en la tercera persona y hablar de una manera más directa”, declaró en una entrevista.⁶⁹ Después de muchos años de escribir ensayos eruditos sobre escritores europeos difíciles, tales como Calvino y Barthes, Sontag se dio cuenta de que siempre se había sentido constreñida por las exigencias del formato ensayo, y que dicho género le había resultado difícil y limitador. Llevaba años tratando de hallar una manera de escribir que le permitiera expresar sus volcánicos sentimientos. Sin embargo, una vez más, Sontag no conectó estos descubrimientos a su socialización como mujer, o a su visión de las mujeres intelectuales del pasado, desde Wollstonecraft y Fuller, que temían que escribir un determinado tipo de ficción resultara demasiado femenino y que creían necesario adaptarse a los modelos masculinos de estilo intelectual.

⁶⁸ Span 1995: 262.

⁶⁹ Manion y Simon 1995: 208.

Una noche de 1987, Sontag recibió una llamada telefónica en la que le comunicaban que uno de sus mejores amigos tenía sida. Aquella noche no pudo dormir, así que decidió darse un baño. Allí, en la bañera, se le ocurrieron las primeras palabras de un relato: "Al principio no fue más que una pérdida de peso y sólo se sintió algo enfermo". Ella misma explicaría: "Fue algo que se me dio, listo para nacer. Salí de la bañera y empecé a escribir todavía de pie. [...] Escribí el relato muy de prisa, en solo dos días, recurriendo también a mi propia experiencia con el cáncer y a la de un amigo que había sufrido una apoplejía. Todas las experiencias radicales son similares".⁷⁰ El relato, "The Way We Live Now" ("Así vivimos hoy"), describe la enfermedad de un hombre anónimo a través de las reacciones de su numeroso círculo de amistades; "Estamos aprendiendo a morir", dice uno de ellos. Se publicó en *The New Yorker* y fue incluido en un número especial dedicado a los mejores relatos de ficción del año. En su honddura emocional y en su accesibilidad, "The Way We Live Now" llegó más lejos que ningún otro escrito de Sontag; fue una especie de renacimiento.

Al fin, en 1992 publicó *El amante del volcán*, su primera novela en veinticinco años, que se convirtió en un inesperado éxito de ventas. Dedicó tres años a escribirla, trabajando inmersa "en un placer delirante". Al publicarla se sintió liberada de ese "tipo de estilo deprimente y monótono tan característico de la ficción contemporánea. No quiero expresar alienación. No es eso lo que siento. Lo que me interesa es el compromiso apasionado, de cualquier tipo. Mi obra dice: sé seria, sé apasionada, despiértate".⁷¹

Al año siguiente, Sontag publicó una obra de teatro, *Alice in Bed* (escrita, según ella misma dice, en 1990), que es su creación más feminista y personal. "Alice" es tanto la Alicia del País de las Maravillas como Alice James, la brillante y neurótica hermana de Henry James, que falleció de cáncer de mama a la edad de cuarenta y tres años. La obra es quizá la primera creación de Sontag que se ubica explícitamente en la tradición de la literatura de mujeres. Muy influida por el teatro de Caryl Churchill, especialmente su obra *Top Girls*, *Alice in Bed* presenta a Alice James, Margaret Fuller y Emily Dickinson, reunidas para celebrar una merienda surrealista. En una nota explicativa, Sontag empieza recordando la fantasía de Virginia Woolf acerca de una Shakespeare mujer, expresada en *Una*

⁷⁰ Fries 1995: 256 y 257.

⁷¹ Garis 1992: 23.

habitación propia, para sugerir que Alice James fue una equivalente suya estadounidense —es decir, una mujer de genialidad frustrada. La obra, explica ella misma, trata de “la tan común realidad de una mujer que no sabe qué hacer con tanta genialidad, con su originalidad y con su agresividad, y por lo tanto ve cómo su carrera queda inválida”. En términos más generales, es una obra sobre “la pena y la rabia de la mujer”, un tema sobre el que afirma haber estado toda la vida preparándose para escribir.⁷²

Así pues, la década de los noventa comenzó para Sontag con una reafirmación de su identidad feminista y terminó en una clave muy similar, como se ve en su introducción a *Women* (1999), un libro de fotografías de mujeres hechas por su amiga Annie Leibovitz. La mencionada introducción está cargada de ironía y reflexiones acerca de cómo se escudriña a la mujer y cómo las mujeres se escudriñan unas a otras: “Ya sean famosas o desconocidas, cada una de las casi ciento setenta mujeres de este álbum van a ser contempladas (especialmente por otras mujeres) como modelos: modelos de belleza, de autoestima, de fuerza, victimismo, falsa conciencia, o buen envejecimiento”. Quizá porque ella misma tenía entonces sesenta y seis años, Sontag hace hincapié en cómo se escudriña el envejecimiento. “Nadie ve un libro de fotografías de mujeres sin percatarse de si son atractivas o no”, porque las mujeres “son juzgadas por su aspecto, cosa que no se hace con los hombres, y se castiga más a la mujer que al hombre por los cambios que conlleva el envejecimiento. Hoy día los diferentes ideales del aspecto, como son el aspecto juvenil y la delgadez, se crean y se refuerzan en gran parte a través de las imágenes fotográficas. Y, por supuesto, uno de los motivos principales de tener fotografías de bellas famosas para mirarlas a lo largo de los años es el de ver lo bien o lo mal que pactan con la vergüenza del envejecimiento”.⁷³

La “vergüenza” de envejecer parece un término demasiado fuerte, pero lo cierto es que Sontag usa un lenguaje muy diferente al de aquella mujer que durante tanto tiempo se sintió una criatura, más que una niña, dentro de un cuerpo adulto, más que femenino. La última fotografía de *Women* es la propia Susan Sontag —su famosa melena ya completamente cana, corta a lo chico. Nunca ha estado tan hermosa. ●

Traducción: Inés Belaustegui

⁷² Sontag 1993.

⁷³ Sontag 1999: 20-23.

Bibliografía

- Benedict, Helen, 1988, "The Passionate Mind", *New York Woman*, noviembre.
- Bellamy, Joe David, 1995, "Susan Sontag", en Leland Pogue (ed.), *Conversations with Susan Sontag*, University Press of Mississippi, Jackson.
- Bernstein, Richard, 1989, "Susan Sontag, as Image and as Herself", *New York Times*, 26 de enero.
- Beyer, Monika, 1995, "A Life Style is Not Yet a Life", en Leland Pogue (ed.), *Conversations with Susan Sontag*, University Press of Mississippi, Jackson.
- Brightman, Carol, 1992, *Writing Dangerously: Mary McCarthy and her World*, Harcourt Brace, Nueva York.
- Cott, Jonathan, 1995, "Susan Sontag: The *Rolling Stone* Interview", en Leland Pogue (ed.), *Conversations with Susan Sontag*, University Press of Mississippi, Jackson.
- Epstein, Joseph, 1993, "Mary McCarthy in Retrospect", *Commentary*, mayo.
- Feldman, Burton, 1996, "Evangelist of the New", en *Denver Quarterly* (primavera).
- Fries, Kenny, 1995, "AIDS and Its Metaphors", en Leland Pogue (ed.), *Conversations with Susan Sontag*, University Press of Mississippi, Jackson.
- Garis, Lesley, 1992, "Susan Sontag Finds Romance", *New York Times Magazine*, 2 de agosto.
- Grossman, Judith, 1988, *Her Own Terms*, Soho, Nueva York.
- Hardwick, Elizabeth, 1982, "Introduction", en *A Susan Sontag Reader*, Penguin, Londres.
- Hardwick, Elizabeth, 1985, "Entrevista", *Paris Review*.
- Lacayo, Richard, 1988, "Stand Aside, Sisyphus", *Time*, 24 de octubre.
- Manion, Eileen y Sherry Simon, 1995, "Interview with Susan Sontag", en Leland Pogue (ed.), *Conversations with Susan Sontag*, University Press of Mississippi, Jackson.
- McDowell, Edwin, 1986, "Women at PEN Caucus Demand a Greater Role", *New York Times*, 17 de enero.
- McQuade, Molly, 1995, "A Gluttonous Reader: Susan Sontag", en Leland Pogue (ed.), *Conversations with Susan Sontag*, University Press of Mississippi, Jackson.
- Phillips, William, 1983, *A Partisan View: Five Decades of the Literary Life*, Stein & Day, Nueva York.
- Plath, Sylvia, 1982, *Journal of Sylvia Plath*, Dial Press, Nueva York.
- Podhoretz, Norman, 1967, *Making It*, Random House, Nueva York.
- Pogue, Leland (ed.), 1995, *Conversations with Susan Sontag*, University Press of Mississippi, Jackson.
- Rowes, B., 1978, "Bio", *People*, marzo.

- Ruas, Charles, 1982, "Susan Sontag: Past, Present and Future", *New York Times Book Review*, 24 de octubre.
- Sayres, Sohnya, 1990, *Susan Sontag: The Elegiac Modernist*, Routledge, Nueva York.
- Scarpetta, Guy, 1995, "Dissidence as Seen from the USA", en Leland Pogue (ed.), *Conversations with Susan Sontag*, University Press of Mississippi, Jackson.
- Schultz, Victoria, 1995, "Susan Sontag on Film", en Leland Pogue (ed.), *Conversations with Susan Sontag*, University Press of Mississippi, Jackson.
- Servan-Schreiber, Jean Louis, 1995, "An Emigrant of Thought", en Leland Pogue (ed.), *Conversations with Susan Sontag*, University Press of Mississippi, Jackson.
- Sontag, Susan, 1973, "The Third World of Women", *Partisan Review*, núm. 40.
- Susan Sontag, 1982, "Project for a Trip to China" (1972), en *A Susan Sontag Reader*, Penguin, Londres.
- Susan Sontag, 1987, "Pilgrimage", *New Yorker*, 21 de diciembre.
- Sontag, Susan, 1992, *The Volcano Lover*, Farrar, Straus and Giroux, Nueva York.
- Susan Sontag, 1993, *Alice in Bed*, Farrar, Straus and Giroux, Nueva York.
- Susan Sontag, 1999, "Introduction", en Annie Leibovitz, *Women*, Random House, Nueva York,
- Span, Paula, 1995, "Susan Sontag, Hot at Last", en Leland Pogue (ed.), *Conversations with Susan Sontag*, University Press of Mississippi, Jackson.
- Wallace, Michele, 1998, "To Hell and Back: On the Road with Black Feminism", en Rachel Blau DuPlessis y Ann Snitow (eds.), *The Feminist Memoir Project*, Three Rivers Press, Nueva York.